



CAPITULO XII

Espiritu heroico

LA primera providencia de Córdoba fué mudar los bártulos á la casa de sus amigos. Su patrona, que era una viuda de muy buen ver, creyó que su posición de persona de arraigo le imponía la obligación de salir de Puebla, y se marchó á Tehuacán en unión de muchas damas conciliares, sobrinas no comprobadas y hermanas dudosas de los eclesiásticos más encopetados.

El bombardeo ponía de mal humor al insigne preceptista literario, y no encontrando oportunidad para salir á darse gusto averiguando peripecias, tenía que encerrarse en su casa á contar y á comentar lo que presumiblemente pasaba. A veces le rogaban las muchachas que cantara, con acompañamiento de guitarra, alguna de aquellas canciones suyas en que se hablaba de amores malogra-

dos, de niñas engañadas, de rayos de luna que se quebraban en los lagos y de nidos en que crecían pajaritos muy románticos y zalameros.

Mas Tirso respondía que los tiempos no estaban para canciones, y lo más que solía hacer era entonar aquel himno suyo, que llevaba música del de Riego:

¡A la lid, soldados, vamos!
Llegó de la patria el día.
¡Que cese la tiranía,
Que viva la religión!
¡Perezcan esos infames
Que á la patria han destrozado!
Un nuevo sol ha brillado
Cual faro de salvación.

Una tarde, á la hora que empezaban á tronar cañonazos y á reventar bombas, cuando las mujeres estaban metidas en sus cuartos rezando y pidiendo á Dios hiciera cesar aquel destrozo, Tirso se entretenía en dar vueltas en el corredor de la casa, deseoso de saber dónde se quemaba tanta pólvora.

— Eso es por San Matías, rumiaba; ya se habrá comprometido la cosa por allí y tenemos función para rato.

— Por San Matías será, exclamó Sedeño que oyó el monólogo; pero para mí éstos van á empezar por los cerros.

— ¿Por los cerros? dijo Córdova displicente; pues no sé qué pitos irán á tocar por los cerros.

— Pues hombre, claro está; á lavar la mancha del cinco de Mayo.

— ¡Qué mancha ni qué niño muerto! Los franceses se consideran tan manchados con lo del cinco de Mayo, como usted se consideraría manchado si un pajarito le dejara caer sobre la ropa un poquito de guano al volar por el aire... Lo indicado es el rumbo del Carmen, donde la fortificación es más débil y las manzanas son más accesibles... Un asalto, un buen asalto, no se puede emprender más que por allí.

— Pues que se emprenda; pero que acabe este fuego horroroso que parece maldición del cielo.

— ¿Tan pronto se espanta, amigo Sedeño? Apenas vamos en los holanes. Créamelo; de Puebla hemos de decir lo que nuestro Carpio cantó de Babilonia:

Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y bramarán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno.

— ¡Jesús, María y José! repuso el sacristán mirando el espléndido coturno que empezaba á tener brechas lamen-

tables; ¡Jesús, María y José! con esas predicciones sólo el que no quiera no se tranquiliza.

Oyeron en esto sonar el aldabón de la puerta, y á la costurera de los infantes que salía á abrir. A poco se oyó que alguien subía la escalera, y luego se vió á un chaco y á un chaquetín que trepaban violentamente.

Quedáronse parados los dos amigos, y luego notaron que se les dirigía un chicuelo como de diez y seis años, rubio, delgado, fino, con aspecto de dama, que les decía, quitándose la gorra con arreglo al más exquisito Carreño:

— Dispensen ustedes; ¿vive aquí el subteniente Caballero de los Olivos?

— Vive aquí, respondió Córdova con no menor cortesanía; pero no está en la casa, porque de seguro se halla de servicio... Su señora sí está en sus habitaciones.

Y le señaló el cuarto de Eugenia.

— Con ella deseo hablar también, contestó el mozallete; y en un momento quedó en la puerta del cuarto de los esposos.

Siguieron los taciturnos distraendo su murria é inventando calendarios, mientras Eugenia recibía al visitante, que por cierto le pareció desconocido en el primer momento.

Al fin, tras contemplarle un instante, abriendo los brazos le estrechó en ellos, diciéndole cariñosamente:

— ¡Pancho, por Dios! pero, ¿qué haces?... ¿Tú aquí?... ¿Y cómo te dejó mamá?



— Vengo á lo que vino Miguel... Estoy en un batallón de Oaxaca, y mamá me dejó venir sin dificultad, porque... no sé; debe de haberlo creído necesario...

— Pero si eres una criatura...

— En estos días, en que las gentes serias hacen chiquilladas, las criaturas necesitamos hacer hombradas... Ahora que los viejos cometen crímenes, nosotros tenemos que hacer heroicidades, dijo el chiquillo poco á poco y con acento de varón de Plutarco.

— ¡Jesús, qué heroico anda el tiempo! replicó Eugenia riendo.

— ¿De veras, hermanita?...

— ¿Y cómo están todos?

— Todos, son los pobrecitos viejos, dijo lloroso Pancho... Pero están admirablemente; mamá me ha despachado casi contenta; papá está encantado y se da el aire de padre de los Gracos. Mamá me dió estas cartas; lee la tuya y entrégale á Miguel la que le toca... Y ya me voy, que tengo servicio en los Remedios... ¿Dónde puedo buscar á Miguel?

— En San Javier, en las tropas de Guanajato, en el batallón que manda Rosado.

— ¡Caramba! allí se están batiendo, exclamó imprudentemente Pancho.

Eugenia, que estaba de pie, se dejó caer en una silla, y casi sin color en el rostro, dijo:

— Ya me lo anunciaba el corazón; esos cañonazos me sonaban en el alma.

— ¡Como que está bien cerca de tu casa el lugar del

combate!... Pero, hija, ¡qué adelantada estás! Como á mí me juzgaban una criatura, no me decían palabra é ignoraba tu estado... Que salgas con bien, y que sean cuates.

— ¡Grosero!... Estás muy alegre, y esto no es cosa de alegrarse.

— Pues no sé de qué será.. ¿Qué remedio con ponerme á llorar? Si hubiera deseado entristecerme, no habría venido á Puebla, donde de veras se divierten los hombres.

La carta que doña Lorenza enviaba á Miguel, decía así:

«Mi muy querido hijo Miguel: Tu hermano Pancho, el chiquito, la adoración de mi alma, quiere seguir tu camino y meterse también de soldado para defender, como es justo, á nuestra querida tierra, hoy en manos del francés. Me duele el corazón al separarme del hijo de mis entrañas, á quien sabes siempre he mimado y consentido; pero no encontraría manera de negarle lo que con tanta justicia me pide.

»Tu abuelo, mi padre, que santa gloria haya, murió, como sabes, en el Molino del Rey, peleando contra los yanquis; mi abuelo y bisabuelo tuyo, pereció ahorcado en la plaza de Texcoco, por causa de habersele encontrado armas y pólvora en un ranchito de su propiedad, quedando comprobado que destinaba esas cosas á una partida insurgente. Ya ves que vengo de raza de quienes saben lo que es amar á su tierra, y que no me sorprende la resolu-

ción de ustedes; pero, hijito, la salida de Pancho me ha atribulado más de lo que te figuras, porque yo acariciaba la idea de que el niño creciera á nuestro lado y nos acompañara en nuestra vejez; desgraciadamente no será así, pues ni Germán ni yo alcanzaremos muchos años, supuesto lo que nos ha afligido la partida de ustedes.

»Tú, Miguelito, tienes quien te cuide, y después de Nuestro Señor, en *Génie* confiamos para que te haga la triste vida que se te aguarda, lo menos pesada que sea posible. Pero Pancho, el niño, ¿qué será de él? ¿Quién le cuidará si se enferma, quién le atenderá si sufre, quién le dará la mano si cae herido? ¡Pobrecito de mi niño, tan mimado y tan lindo!

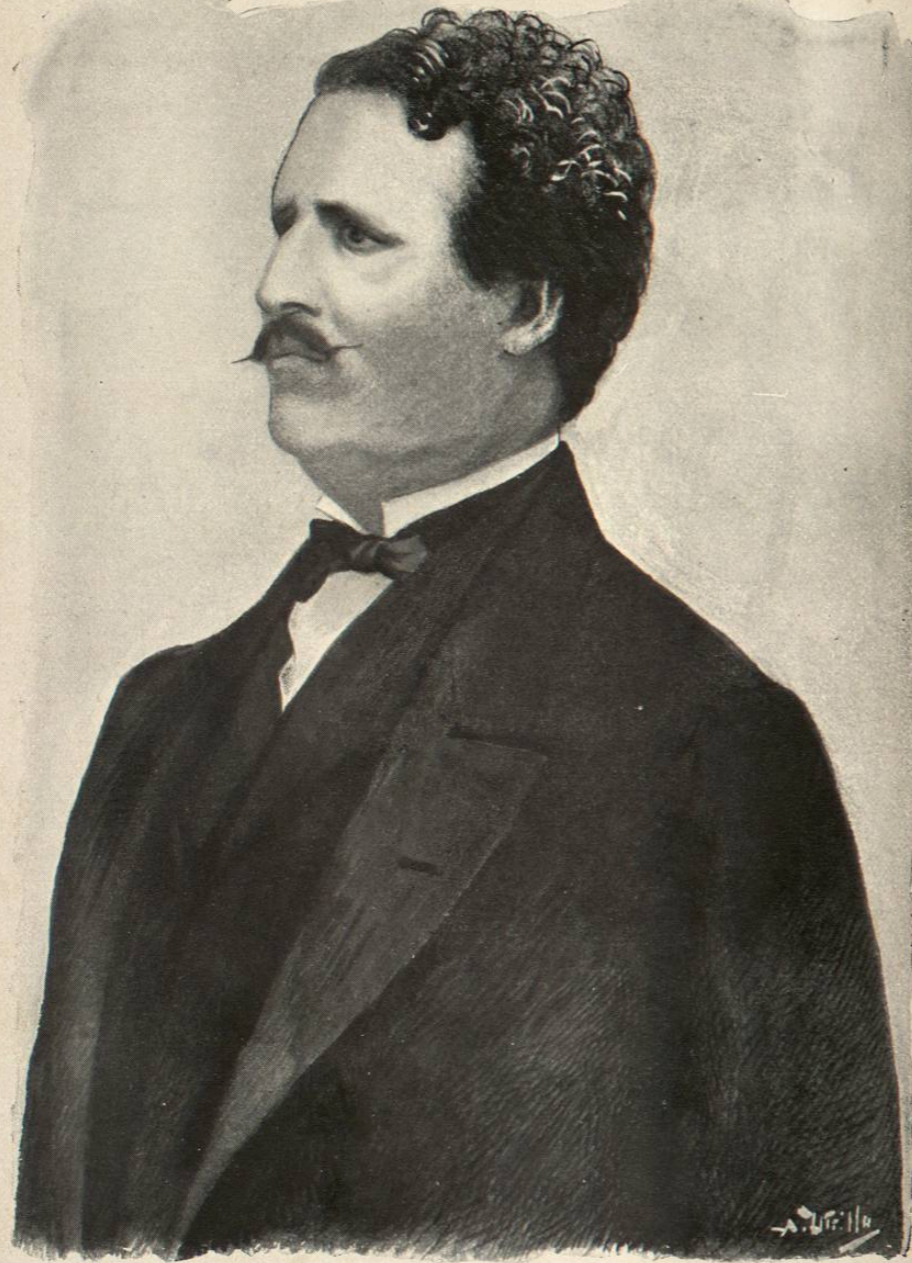
»Tú, cúidale, haz mis veces y las de su padre, tú y la santita que tienes por mujer, denle amparo y cariño, que es lo que él necesita.

»Tu madre

LORENZA.»

No había mentido Pancho; se batían en San Javier desde por la mañana. La artillería francesa, abocada contra el fuerte, había empezado á *trabajar* á las cinco de la mañana, y á las doce había dado cuenta con uno de los baluartes, parte del otro y la cortina intermedia. La artillería mexicana había quedado desmontada ó estaba cubierta de tal manera con el cascote y las piedras de los muros, que era imposible maniobrar con ella. Habían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO



General D. Jesús González Ortega

tenido que cambiar á los artilleros tres veces sucesivas, pues ó habían muerto ó habían sido heridos de tal gravedad, que era imposible siguieran al frente de sus piezas. Hallándose el fuerte en ese estado, su jefe, el general Rojo, se presentó al General en jefe, haciéndole ver la conveniencia de abandonar aquello y replegarse á las manzanas inmediatas.

González Ortega estuvo por la tarde acompañado de su Estado mayor y vió que las balas de cañón, que ya no se disparaban á tiro de brecha sino á distancia de tres ó cuatrocientos metros, que era el límite de la segunda paralela, habían hecho un horrible destrozo en la Penitenciaría; que al reventar las bombas habían destrozado todos los muros, dejándolos cuarteados y próximos á venir al suelo, y que no parecía posible retardar un momento más la caída del fuerte.

—¿Qué dice usted, General? preguntó González Ortega á Mendoza, su alma condenada.

—Señor, respondió el de las carrilleras; salvo el parecer de usted, opino que no se debe sacrificar inútilmente vidas preciosas ni elementos que en otra parte nos hacen falta: creo que debemos abandonar este fuerte.

Estaba presente un muchacho alto, seco, rubio, serio y triste, y como no se había hecho misterio de la resolución, se cuadró ante Ortega y le dijo respetuosamente: